



Busqueda Google

aragonesasi.com Web

[Aragón](#) > [Libros](#)

Page cannotPage cannot

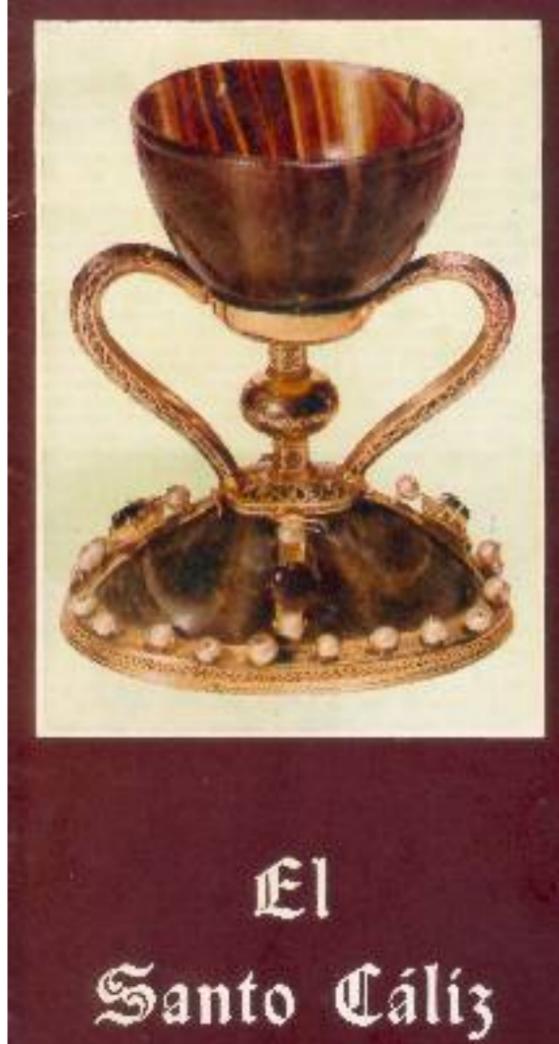
See [pagead2.google](#)See [pagead2.google](#)

robots.txt.

robots.txt.

El Santo Cáliz. Manuel Sancho Navarrete. libros. Aragón.

Autor: Manuel Sancho Navarrete. 34 pp., Editado por Caja de Ahorros de Valencia. Obra Social Cultural.



LA MAS PRECIADA RELIQUIA

Los Evangelistas San Mateo (26, 26-28), San Marcos (14, 22-24) y San Lucas (22-19-20) y San Pablo en su carta I a los Corintios (XI, 23-25), refieren de modo semejante y casi con las mismas palabras, que el Señor, estando reunido con sus discípulos para celebrar la Pascua, en la noche en que fue entregado <<Mientras comían, Jesús tomó pan, lo bendijo, lo partió y dandoselo a los discípulos, dijo: Tomad y comed, esto es mi cuerpo >>. Y que luego, <<Tomando un *cáliz*, pronunció la acción de gracias y se lo pasó diciendo: Bebed de él todos, que esta es mi sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por muchos para remisión de los pecados>> (Mt, 26- 26-28).

Así quedó instituido el sublime misterio de la Eucaristía y, desde ese mismo instante, aquel Vaso vino a convertirse en la más preciada reliquia de la Cristiandad; en la divina Copa que, en peregrinaje de amor, nos describirá la *tradición* yendo del Cenáculo a Roma, de Roma a Huesca y de Huesca a San Juan de la Peña; en el fabuloso y misterioso Grial, alrededor del cual se forjarán las más bellas *leyendas* y las más fantásticas gestas de héroes y adalides que inundarán la cristiandad con la grandeza de sus virtudes y el ejemplo de su valor caballeresco, y en el Santo Cáliz que, bajo el sello y evidencia de la *historia*, anhelarán poseer los reyes y, que porque así estuviera escrito en la voluntad del Señor, será entregado a la devoción y religiosidad de Valencia, para desde el ostentorio de su Capilla en la Basílica Matropolitana, ofrecerse al mundo entero como testigo permanente del más augusto y sublime de los misterios: el de la institución de la Eucaristía en la memorable tarde de aquel primer Jueves Santo.



LA CAPILLA

El destino principal de esta Capilla, en su origen Aula Capitular de la Catedral valentina, construida por Vidal de Blanes, Obispo de Valencia de 1356 a 1369, fue el que sirviera de Cátedra de Teología y enterramiento de prelados y canónigos. Confiada la regencia de la Cátedra a los religiosos de Santo Domingo, se encuentra entre los que la ocuparon a San Vicente Ferrer. También se celebraron en ella Cortes Reales.

Posteriormente, cesada su utilización para unas y otras funciones, abrióse al culto, que estuvo primero dedicado al Cristo de la Buena Muerte, hasta 1916 en que vino a centrarse en el del Santo Cáliz.



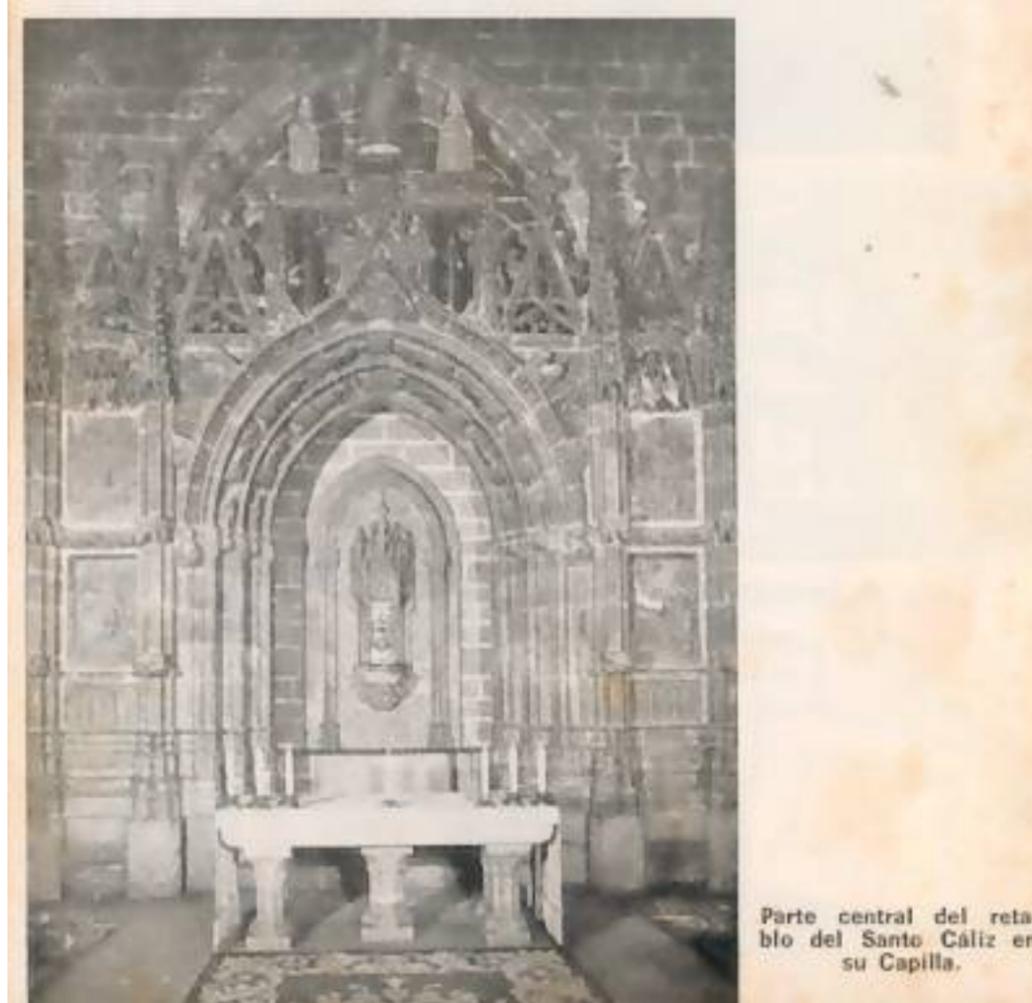
Capilla, cuando estuvo dedicada al Cristo de la Buena Muerte.

En su estado actual la vemos formada por cuatro muros de piedra de 16 metros de altura que, asentados sobre una planta cuadrada de 13 metros por lado, sirven de apoyo a doce ménsulas decoradas de las que, a su vez, arranca una complicada bóveda formada por otros tantos arcos ojivales que van a reunirse, bajo una gran clave central, para sustentar la bóveda correspondiente a la techumbre que cubre la capilla.



Sala del Santo Cenaculo.

En el lienzo de pared frente a la entrada, y sirviendo de retablo al templete expositor que guarda el Santo Cáliz, se alza un notabilísimo frontispicio gótico de piedra alabastrina, procedente de la fachada posterior del antiguo Coro de la Catedral, con bellísimos calados doseletes y pináculos, hornacinas con doce relieves italianos de Poggibonsi, de factura maravillosa, representando escenas del Antiguo y Nuevo Testamento, y un vano central de arcos esculpturados que hoy sirven de marco a la preciosa reliquia del Santo Cáliz.



Parte central del retablo del Santo Cáliz en su Capilla.

Sobre los muros de piedra se apoyan dos grandes bancos corridos, también de la misma materia; en el paramento de la derecha aparece un bello púlpito gótico igualmente labrado en piedra, al que se accede por una puertecilla de arco apuntado; otra puerta, enfrente, decorada con un relieve representando la Anunciación de la Virgen, da paso a otras dependencias.

Durante el transcurso de los tiempos han venido a incorporarse, como contribución a la ornamentación del sobrio recinto, curiosos recuerdos históricos, como lo son en gran manera la cadena que cerraba el puerto de Marsella, partida en dos trozos desiguales de 50 y 70 eslabones, y el instrumento que ayudó a romperla, cuando Alfonso V el Magnánimo, con la armada de Aragón, logró apoderarse de la ciudad y traerse con estas preseas el cuerpo de San Luis, Obispo de Tolosa, todo lo cual vino a dejar a la Catedral de Valencia. Igualmente aparecen fijados en los muros, entrando a la izquierda, un cartón de Vicente López, <<El Triunfo de la Eucaristía y Expulsión de los moriscos>>; a la derecha junto al púlpito, un gran fresco, imitación de tapiz y hoy trasladado a lienzo, <<La Adoración de los Magos>>, de Nicolas Florentino (1496), y frente al retablo, lo que parece ser parte central de un gran retablo, del siglo XV, dedicado a San Cristobal.

En el vano donde se halla situado el trono desde el cual se ofrece a la veneración el Santo Cáliz de la Cena, vemos tres arcos escalonados, bajo los cuales, y adosado al fondo del muro, aparece un templete gótico de piedra alabastrina, en imitación bien lograda al estilo del retablo, en cuyo interior, recubierto cual un Sagrario, de lámina de metal dorado, se halla la preciada joya: el Santo Grial de las leyendas medievales; el Santo Cáliz de la Cena, del mundo cristiano.

En los últimos años ha sido objeto esta Capilla de dos importantes restauraciones: Fue solemnizada la realización de la primera, que abarcó distintas obras de repriminación de la Catedral, el día 23 de mayo de 1943, con un solemne Pontifical, oficiado por el entonces Arzobispo de Valencia, don Prudencio Melo y Alcalde, y en el que predicó el Obispo Administrador Apostólico de Vitoria, Doctor don Javier Lauzurica. Después del canto del Te Deum, tuvo lugar la procesión con la Sagrada Reliquia, que fue trasladada a la plaza de la Virgen, donde se la depositó sobre un altar de flor natural y el Alcalde de la ciudad, don Joaquín Manglano, entonces Barón de Cárcer, hizo ofrenda. Como resultado de estas obras se despejó el Aula Capitular de sepulcros, urnas cinerarias y frescos que le restaban la pureza de su traza original, trasladándose el pasillo que da acceso desde la nave central catedralicia y a otras dependencias: se llevaron a su primitivo emplazamiento los relieves del trascoro; se descubrieron los tres arcos que, escalonados a distintas alturas, cubrían el espacio rectangular que debió ser en tiempos el sitio del altar, y en cuyo centro vino a disponerse el ostensorio para la Sagrada Reliquia; colocóse frente a él la mesa del altar, formada por maciza losa de piedra, de treinta centímetros de grosor, labrada al efecto, apoyada sobre los cinco pilares góticos que aparecieron en el Altar Mayor al desmontar, durante una de las reformas, la obra del siglo XVIII y, en fin, procuróse devolver en lo posible al conjunto de la Capilla su primitiva ordenación.

La última restauración, cuyo final fue solemnizado el 26 de enero de 1979, con una celebración eucarística en la misma Capilla, presidida por el señor Arzobispo, doctor don Miguel Roca, y realizada por iniciativa y a expensas de la Diputación Provincial de Valencia, la que haciéndose eco de la sospecha que inquietaba al Cabildo catedralicio de la posibilidad de la existencia de una belleza oculta bajo la suciedad que el humo y el tiempo habían ido acumulando sobre bóvedas y muros, pero de la que no se tenía noticia alguna, vino a hacer suya tal inquietud y a tomar conciencia del extraordinario interés que supondría el desvelar y devolver a Valencia el esplendor de su rica tradición cultural. Un

excepcional equipo de artesanos y artistas y una competente dirección técnica, volcándose en el empeño, obtuvieron la recompensa de los más halagüeños resultados, y es así como hoy la excelsa reliquia del Santo Cáliz de la Cena del Señor, puede ofrecerse a la pública veneración de los fieles, en el marco esplendido, mezcla de sobriedad y riqueza, que le corresponde.

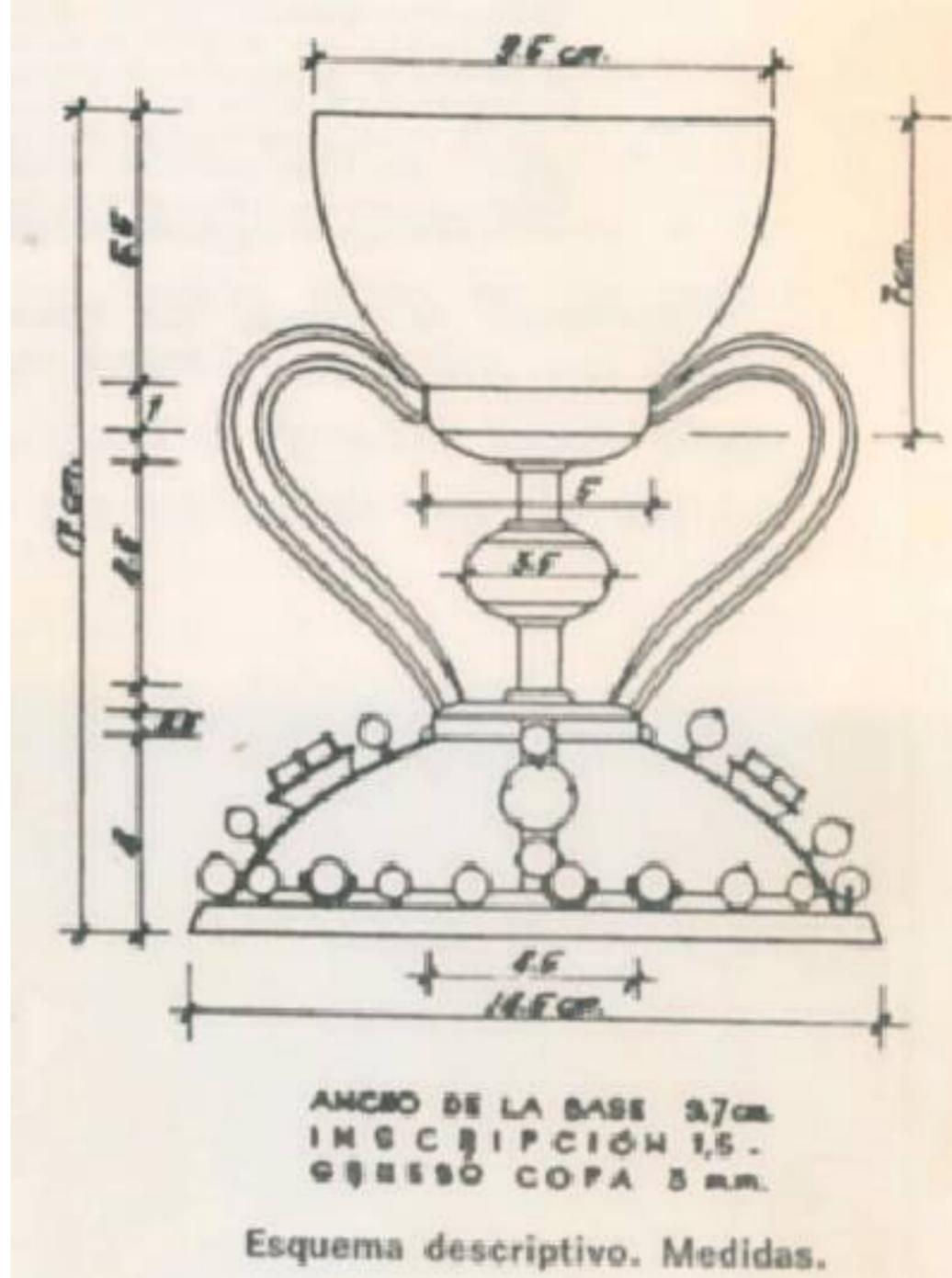
ESTRUCTURA DEL SAGRADO VASO

El Santo Cáliz de la Cena, obra notable tanto desde el punto de vista religioso como arqueológico, está formado por tres partes distintas entre sí y correspondientes a otras tantas épocas.

La copa superior, de piedra ágata cornalina oriental, semiesférica; de 9'5 cm. de diámetro medio en la boca, 5'5 cm. de profundidad por el interior y 7 cm. de altura desde la base al borde; toda ella lisa, al interior y al exterior, sin ningún adorno, excepción hecha de una simple línea incisa, de corte redondeado, muy regular, que corre paralela al borde y a escasa distancia de él. En la actualidad se observa una pequeña rotura, aproximadamente hacia la mitad, que la divide en dos partes, apareciendo junto al borde de cada una de ellas, sendas roturas producidas en la misma ocasión y notándose la falta de una minúscula porción periférica entre la línea de adorno y el perfil exterior, que seguramente corresponde al lugar en que la copa recibiera el golpe. Ello ocurrió el 3 de abril de 1744, día de Viernes Santo, en ocasión que se acostumbraba a utilizar el Santo Cáliz en los Oficios de Jueves y Viernes Santo para colocar en su interior la Sagrada Forma que se reserva en el Monumento. El Arcediano Mayor y canónigo de la Catedral don Vicente Frígola Brizuela que, con asistencia del Arzobispo Mayoral, actuaba de Preste en los oficios, al ir a sacar la Sagrada Forma del Santo Cáliz desprendióse la copa, resbalando ésta y cayendo, que brándose en la forma descrita. Recogidos inmediatamente y con todo cuidado los fragmentos, fueron colocados en el cofrecillo del Monumento y depositados luego en la Capilla de las Reliquias. Avisado el maestro platero Luis Vicent, acudió éste en la tarde de aquel mismo día con sus hijos, Luis y Juan, procediéndose a la recomposición de la Sagrada Copa, en presencia de varios Canónigos y del notario Juan Claver, levantándose la correspondiente acta de todo ello.

El pie, que está formado por un vaso ovalado e invertido, del mismo color y parecido material que la copa, aunque muy distinto e inferior a ésta, tanto en la calidad del trabajo como en el de la piedra. Los ejes de la base miden 14'5 cm. el eje mayor y 9'7 cm. el eje central menor, y un pie casi rectangular con los lados cortos redondeados, rehundidos en el interior, con 4 y 3 cm. de eje mayor y menor respectivamente, y una altura de 5 mm. Todo él lleva una guarnición de oro puro, sobre el cual van montadas 27 perlas, dos rubíes y dos esmeraldas de gran valor. En una de las vertientes mayores del pie, y en su lado izquierdo, aparece esgrafiada una inscripción árabe en caracteres cúficos, estudiada y traducida por el profesor Antonio Beltrán, que percibió por primera vez dicha inscripción.

Y, finalmente, *la vara con su nudo*, de 7 cm. el total de largo, que sirve como elemento de unión entre la copa y el pie, con añadidura de las asas y de una guarnición de oro purísimo, finamente burilado, que soporta el engaste en el pie de perlas y piedras.



Un meticuloso estudio realizado hacia el año 1960 sobre esta histórica y excepcional reliquia, por el mencionado profesor Beltrán, Catedrático de Arqueología de la Universidad de Zaragoza, y posteriormente publicado (<< El Santo Cáliz de la Catedral de Valencia >>, Valencia, 1960), llega, en resumen, a las siguientes conclusiones:

Con respecto a su estructura:

-- Que del examen objetivo del Cáliz resulta estar compuesto de tres partes, de las cuales dos gozaron de autonomía y en un momento determinado fueron unidas entre sí por la tercera. Es decir, los dos vasos unidos por el nudo. La única parte que sigue cumpliendo su primitivo papel es la copa, mientras que el actual pie fue un día pieza estimadísima, como lo demuestra el filete de oro que lo bordea. La orfebrería, aparte del valor funcional de servir de unión de copa y pie, sirvió para alhajar la sencilla copa y como muestra del aprecio en que se le tenía.

Con respecto a su autenticidad histórica, que nada prueba la Arqueología en contra, sino que, por el contrario, la apoya y confirma, puesto que conduce a las siguientes afirmaciones:

-- Que la copa se remonta a la época comprendida entre el siglo I antes de J.C. y el I de nuestra Era, y que fue labrada en un taller oriental de Egipto, de Siria o de la propia Palestina, por lo que bien <<pudo estar en la mesa de la Santa Cena>> y <<pudo ser el que Jesucristo utilizó para beber, para consagrar o para ambas cosas>>.

-- Que el pie es un vaso egipcio o califal del siglo X u XI, añadiendo a la copa, hacia el siglo XIV, como estimación de su excepcional importancia.

-- Que las perlas y piedras preciosas que lo ornamentan son posteriores y pudieron ser sobrepuestas cuando el Santo Cáliz era venerado en San Juan de la Peña.

Ante estas afirmaciones irrefutables siempre quedaría en pie --como dice el profesor Beltrán--, ante cualquier hipótesis en contra de la autenticidad histórica de la Reliquia, la firme posibilidad arqueológica de que el Santo Cáliz que se venera en la Catedral de Valencia fuese el que el Señor utilizara en la Última Cena.

Tras estas conclusiones, adquieren validez y ahondan su profundidad las palabras que el entonces Arzobispo de Valencia, don Marcelino Olaechea, escribiera en el prólogo a la ya citada obra del profesor Beltrán:

<<Si crees en una piadosa tradición jamás desmentida, tradición que recogen hasta nuestros días, casi seis siglos de historia, te sentirás robustecido en tu creencia.>>

Toma y lee.

Si no crees, toma también y lee; pues, a fuer de hombre honrado, dejarás de sonreírte de quienes creen.>>

El aspecto que hoy ofrece el Santo Cáliz es el mismo que presentaba en San Juan de la Peña, en 1399, sin más modificaciones posteriores que la restauración de 1744 en ocasión de la rotura sufrida, y la sustitución, se ignora cuándo, de alguna de las perlas, y de una piedra en 1959.

LO QUE NOS DICE LA TRADICION

<<Hay problemas que para resolverlos --escribe Leo Talamonti, en "Universo Prohibido"-- es oportuno hacer converger la voz de los poetas con la de los estudiosos, y utilizar posiblemente también las aportaciones de aquella gran maestra de la vida que es la tradición en sus líneas más genuinas.>>

Y los doctores eclesiásticos enseñan que el culto público dado durante siglos a una reliquia antigua, hace presumir la prueba de su verdad, lo que vale tanto como los mejores documentos históricos.

Ahora bien, una tradición constante e ininterrumpida, confirmada desde los primeros tiempos por un documento de primera magnitud, *El canon de la Santa Misa*, y conservada en Roma con la positiva aprobación de los primeros Papas por espacio de dos siglos, afirma y sostiene la autenticidad de tan estimable joya. A partir de Sixto II y el martirio de San Lorenzo, va haciéndose esta afirmación más segura y solemnemente autorizada, sobre todo en el Reino de Aragón y, especialmente, en los obispados de Huesca y Jaca, hasta adentrarse de modo definitivo en el plano de lo histórico, con documentación ya plena y formalmente garantizada.

Existen, además otras razones en apoyo de la fuerza probativa que constituye el culto tradicional al santo Cáliz, como puede ser la consideración de que sería temerario sospechar ni siquiera que se hubiera podido perder tan preciada reliquia, ya que ello acusaría descuido inexplicable en el <<Padre de Familias>> de que nos habla el Evangelio, al cual pertenecía, y en cuya morada se celebró la última Cena; así como en los Apóstoles, cuando vemos conservaron tantas otras de Nuestro Señor, incluso no más importantes, como el Santo Pesebre que se guarda en Santa María la Mayor; la Mesa de Última Cena que se venera en San Juan de Letrán; la fuente o <<catino>> del cordero pascual, en Génova; la Sábana Santa que envolvió su cuerpo y que se conserva en Turín; la Corona de Espinas, la Sagrada Lanza, los Clavos de la Pasión y el mismo Sepulcro.

Pero veamos qué es lo que nos refiere la tradición:

Ella nos dice que la preciosa Copa debió pertenecer a persona de alta alcurnia, ya que su riqueza y finura denota una categoría artística y material superior a la de los toscos vasos de vidrio, madera o barro usados entonces por la gente ordinaria. Es de suponer, pues perteneciera al dueño del Cenáculo que, como sabemos por los Evangelistas, era hombre acomodado, pues que poseía una suntuosa vivienda y sirvientes, el cual debió ofrecer al Maestro el mejor de sus vasos, con los demás utensilios necesarios para la cena legal que precedió a la primera consagración eucarística.

Tras la muerte del Señor, es lógico pensar quedara la Sagrada Copa bajo la custodia de la Santísima Virgen, y que San Juan, el discípulo amado y custodio de María, lo usara para celebrar el Santo Sacrificio de la Misa ante la Señora.

Siuri, Obispo de Córdoba, y Sales que lo cita, entre otros historiadores, opinan que a la muerte de la Santísima Virgen y separados los Discípulos para anunciar la Buena Nueva a todas las naciones, debió hacerse cargo de tan insigne reliquia San Pedro, elegido por Jesús como cabeza visible de la Iglesia. Este lo llevaría consigo a Roma, donde, después de usarlo él para celebrar el Santo Sacrificio, continuaría vinculada su posesión en los veintitrés Papas, sucesores de Pedro, que ininterrumpidamente siguieron consagrando y bebiendo en el Cáliz del Redentor su Divina Sangre, y que incluso dieran en ocasiones la suya propia, en testimonio de su fe y en defensa del Evangelio.

Precisamente, las palabras que preceden inmediatamente a la Consagración del Sanguis, repetidas desde hace siglos en todo el mundo por infinidad de sacerdotes y escuchadas o leídas por multitud de fieles: <<Accipiens el HUNC PRAECLARUM CALICEM in sanctas ac venerabiles manus suas...>>. esto es, <<Tomando ESTE PRECLARO CÁLIZ en sus santas y venerables manos ...>>, parecen ser una clara alusión al Cáliz de la cena que tendrían presente los Pontífices al consagrar, y que luego pasaron a ser el canon de la Misa.

Tras dos siglos de permanencia en Roma, advino una época de gran violencia, que aún superara otras anteriores, promovida por la persecución de Valeriano y Galieno. El imperio romano se ahogaba en su impotencia económica, y las riquezas de los cristianos que según sus perseguidores imaginaban debían ser fabulosas, podían constituir un buen remedio. El edicto apareció en el año 257 y se reiteró en el 258. Los secuaces de Valeriano se dedicaron al pillaje de las limosnas cristianas, llegando en su afán de de lucro a allanar hasta las Catacumbas, protegidas por la legislación romana. Encarcelado y condenado a muerte el Papa Sixto II por negarse a entregar al Emperador los objetos de valor

que le quedaban a la Iglesia, todavía halló medio, antes de su martirio de ordenarle a su fiel diácono y tesorero Lorenzo que distribuyera estos bienes inmediatamente entre los pobres, lo que así hizo el fiel diácono, a excepción del Santo Cáliz, que en un fervoroso y sin duda inspirado deseo de salvar a toda costa del peligro que corría en Roma, enviaba dos días antes de su propio martirio, a Huesca, su ciudad natal, acompañado de una carta de remisión en la que ordenaba fuera entregado a sus padres, Orencio y Paciencia, que a la sazón vivían en su casa y posesión de Loret, hoy iglesia de Loreto, a extramuros de Huesca.



Un momento de esta piadosa tradición del traslado del Santo Cáliz, de Roma a Huesca, viene a ser corroborado y plasmado en uno de los frescos que se conservan en la Basílica de San Lorenzo, en las afueras de Roma, donde aparece el glorioso Diácono entregando a un soldado, que aparece arrodillado, un cáliz con asas, que parece recibirlo con adoración, acompañado de otro soldado armado como testigo del acto o como defensor de la alhaja. Este fresco desapareció en el bombardeo de Roma por los aliados, en la última guerra mundial.

Recibido en Huesca el Sagrado Cáliz, con la carta que le acompañaba y que desgraciadamente desapareciera en el transcurso de los tiempos, afirmóse entre los cristianos oscenses la veneración que merecía tan insigne reliquia, en proporciones verdaderamente profundas, si bien teniendo que salvar épocas de persecución y peligros que imponían la ocultación y el secreto. Recordemos, por ejemplo, las terribles y constantes persecuciones decretadas por los Emperadores romanos, principalmente las de Diocleciano y Maximiliano; las espantosas luchas y apostasías motivadas por la irrupción de los bárbaros del Norte, que sujetaron esta comarca al dominio de los visigodos desde principios del siglo V hasta la invasión de los árabes en el VII, y el gran peligro que supuso el expolio de Childeberto, aquel Rey de París que se llevara sesenta cálices artísticos de oro de las iglesias de España. Afortunadamente o no pasó por Huesca el regio <<cleptomano>> coleccionador de cálices ricos o quiso la Providencia que no llegara a tener noticias del nuestro.

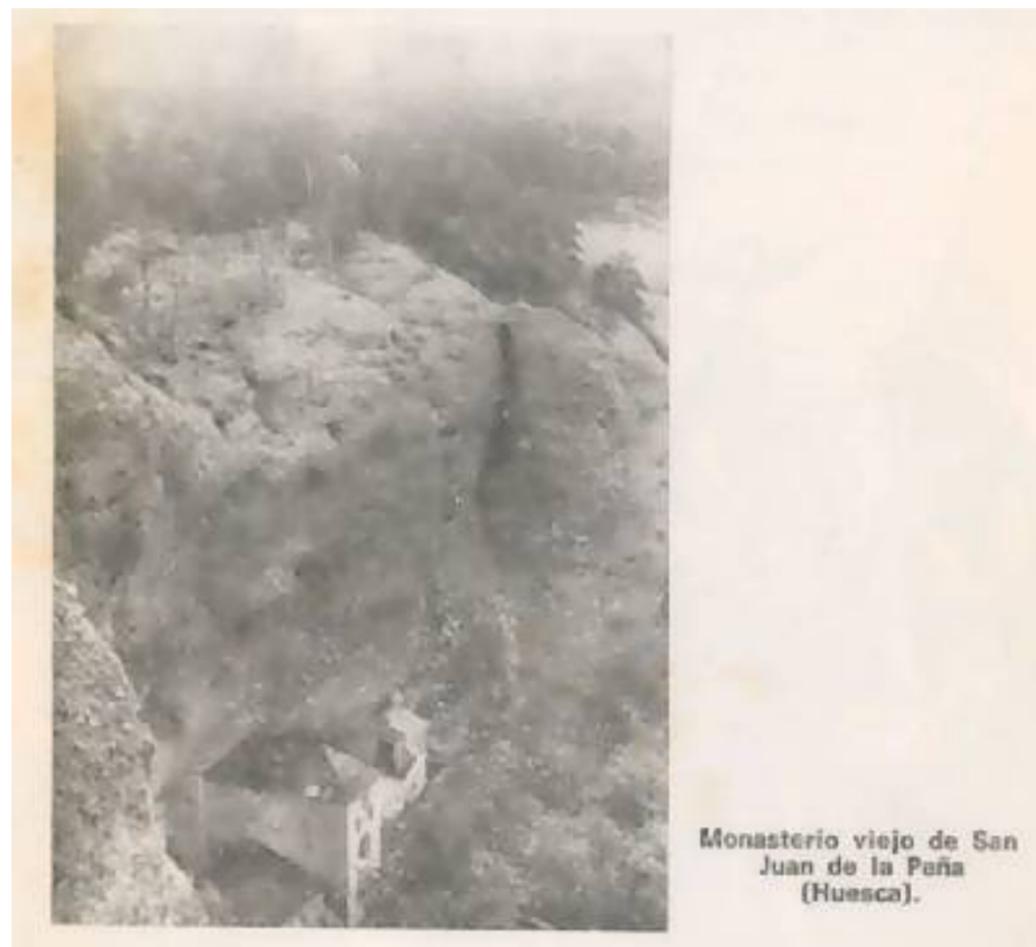
Poco más de 200 años había permanecido en Roma y 450 en Huesca cuando en el año 711 tenía lugar la invasión árabe de España. Un año después, el Obispo de Huesca, Acisclo, ante el arrollador avance de los invasores, abandona con su clero la ciudad de Huesca, siguiendo a los nobles, guerreros y pueblos que no querían caer bajo el yugo musulmán, llevando consigo cuanto de más precioso encerraban sus iglesias y, sobre todo, el Sagrado Cáliz de la Cena del Señor, continuando su repliegue poco a poco, en sucesivas etapas, por los más ocultos caminos de las montañas del Norte, hasta llegar secretamente a San Juan de la Peña, cenobio rodeado de misterioso culto e inspirador de leyendas, que iba a ser guardador durante cuatrocientos años de la estimada Reliquia.

El origen de este Monasterio se confunde con el del pueblo aragonés. Se halla situado a 16 Km. de la frontera francesa, a 30 de Jaca y a 27 de Huesca, en un escondido rincón en que el ánimo se sobrecoge ante la monumentalidad de la naturaleza y el espíritu se maravilla frente a la contemplación de aquella creación arquitectónica del siglo XI, exponente insuperable del estilo románico en armónica conjunción con primorosas muestras del mozárabe, del bizantino y del gótico.

La tradición nos lo presenta así. Era hacia finales del siglo VIII, cuando parece ser que un ilustre doncel cristiano de Cesaraugusta, llamado Voto, persiguiendo en vertiginosa carrera a un ciervo, llegó al borde mismo de la inmensa peña que en la cima del monte Pano vemos hoy constituye la bóveda del Monasterio antiguo. Ante el peligro, invocó a San Juan Bautista, y el milagro se hizo. El caballo quedóse rígido en el último instante al borde mismo del precipicio. Se había salvado.

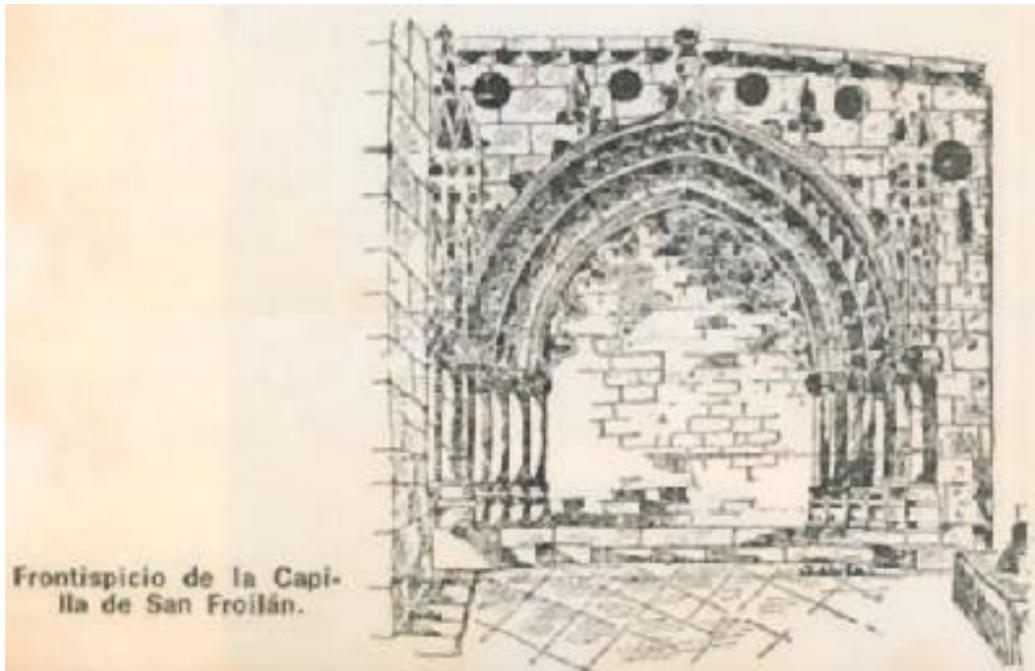
Al espanto siguió la curiosidad. Abrióse paso entre la espesa maleza, descendió al fondo y allí se encontró, bajo una gruta profunda, una pequeña ermita dedicada al Bautista, y también los restos incorruptos de un venerable anciano ermitaño, Juan de Atarés, reclinada su cabeza sobre una piedra en la que una inscripción mencionaba su nombre. Tras

dar sepultura al ermitaño regresó Voto a la ciudad, vendió sus bienes y regresó acompañado de su hermano Félix para recluirse entre aquellas agrestes soledades. Hasta aquí lo que nos dice la piadosa tradición. Luego la historia nos dirá que San Juan de la Peña era monasterio benedictino que fundara el rey Sancho Gercés sobre una ermita que en el mismo lugar edificara un ermitaño llamado Juan de Atarés.



Si alguna vez llegáis a visitarlo, podréis ver todavía en él: la llamada sala del <<Concilio>>, estancia lóbrega e irregular, con bóvedas de medio cañon y grandes arcos de medio punto, que, con la iglesia baja y cripta abacial, conforman las partes más antiguas y venerables del cenobio, todo él de roca viva y con aspilleras como ventanas, más dignas de un castillo que de un santuario, pero que proclaman lo belicoso de aquellos siglos. También, ya en la planta principal, la iglesia alta, hermoso y puro ejemplar del románico aragonés del siglo XI y donde estuvo expuesto el Santo Cáliz a la veneración de los fieles; el Panteón Real, en el que reposan los restos de casi todos los Reyes de la dinastía pirenaica; el llamado Panteón de Nobles aragoneses, ejemplar famoso y único de la arquitectura románica donde reposan los ricos-hombres junto a los rudos y sencillos guerreros de la época heroica; el Claustro, de impresionante majestad, belleza y originalidad artística, con cuatro hermosas galerías, arcos de los tipos más variados y preciosos capiteles esculpidos primorosamente con relieves del Antiguo y Nuevo Testamento, y las capillas de San Victorián y de San Voto y San Félix, con acceso al claustro. Por cierto, que en la primera de ellas, del estilo gótico más depurado, edificada a principios del siglo XV con la finalidad de servir de decoroso enterramiento de los abades, por el valenciano Juan Marqués, promovido a la mitrada dignidad por el Papa Luna, se muestra esculpido un curioso detalle que merece ser recordado; es la aparición en el gablete del frontispicio de la capilla, formado por cinco archivoltas ricamente festoneadas con piñas, hojas, florones, bellotas, caracoles y otros motivos más, delicadamente combinados, el escudo de Valencia, rudamente tallado, que nos muestra el rombo con las barras de Aragón, con un casco, la corona real y lo Rat-Penat, sobre él; todo ello petrificado e inmutable, tal vez como huella y testimonio de la presencia del abad valenciano y del recuerdo entrañable de su tierra natal.





Este es el lugar recóndito, maravilloso y seguro por su fragosidad y alejamiento de los territorios todavía en lucha con los árabes, donde durante más de dos siglos y medio continuó la Sagrada Reliquia, ahora ya bajo la custodia de los monjes cluniacenses y el singular afecto y protección de los reyes de Aragón, todo ello realzado por las virtudes de los Santos y la fama de los héroes, cuyos venerables restos vendrán a reposar en los panteones del monasterio, como perenne guardia de honor del Sagrado Vaso.

Y va a ser durante este tiempo, de epopeya y grandeza, de fe y heroísmo, cuando van a tener su pleno desarrollo las peregrinaciones y cruzadas que llevarán con ellas la noticia, aureolada con la fantasía y el romance, de la presencia del Santo Cáliz entre abruptas montañas; narraciones que darán origen a bellas y numerosas leyendas sobre el Santo Grial y sus héroes, que juglares y trovadores repetirán y extenderán a su paso, y que un día, el gran genio musical incomparable del siglo XIX, Ricardo Wagner, transformará en el más extraordinario drama lírico de todos los tiempos.



LO QUE REFIEREN LAS LEYENDAS

El hecho afirmado por la tradición, que sitúa la permanencia del Santo Cáliz sigilosamente oculto y venerado en San Juan de la Peña durante la Reconquista, en conjunción con materiales extraídos del Evangelio apócrifo de Nicodemo y de la historia de José de Arimatea, constituye probablemente la base de una serie de leyendas que durante la Edad Media se propagan por Europa. Tales leyendas, muy extendidas y de gran interés como prueba que refuerza la voz de la tradición, puesto que en ella se inspiran, hablan de una Copa maravillosa que escondida entre abruptas montañas era venerada y defendida por los Caballeros del Santo Grial o Graal, términos usados en tales leyendas, y que en el sentido de vaso, escudilla o copa la vemos usada normalmente en las lenguas romances de la península hispana, como se lee en Cervantes, en el Arcipreste de Hita y en el Amadís de Gaula, por ejemplo, pero que en las demás lenguas europeas sólo se utiliza para referirse al Santo Cáliz de la Cena, destacando la palabra con el apelativo *Santo = Santo Grial*.

Son varias las versiones que se extienden en torno al Santo Grial, principalmente francesas y alemanas. Las más antiguas arrancan del siglo XII y, en general, suelen presentarse adulteradas por elementos extraños y deformadas a causa de su enlace con las concepciones de Lanzarote y Parsifal, pero coincidentes siempre en un tema común: el de presentarnos las andanzas de caballeros y aventureros que viniendo atraídos por su afán guerrero u luchador, se transforman en protagonistas de hechos portentosos que realizan movidos por las ansias de buscar el Vaso Sagrado.

El ciclo comprende la obra de Cristián de Troyes, del siglo XII (<<Perceval ou la conte du Graal>>) y otros autores; la de Robert de Boron, del siglo XIII (<<Roman de l'Estoire dou Graal o Joseph d'Arimatea>>), sus derivaciones, entre las que destacan <<Lancelot>> y su continuación <<Queste del Saint Graal>> y la versión del alemán, también del siglo XIII, Wolfram von Eschenbach, revalorada por el romanticismo, en la que en época contemporánea viniera a inspirarse el genio extraordinario de Ricardo Wagner para componer su inmortal ópera <<Parsifal>>. En este gran drama musical, estrenado en Bayreuth el 26 de julio de 1882, y considerando como culminación de la obra musical wagneriana, vemos desarrollarse, sobre un texto del mismo Wagner basado en la leyenda del Graal y cuya acción sitúa en un lugar imaginario de los Pirineos, las incidencias que ha de superar el caballero Parcival o Parsifal, hasta llegar a encontrar el Graal y ser coronado rey de sus caballeros.

Ahora bien, para ponderar debidamente el valor histórico que también, dentro de ciertos límites y como <<versión libre>> inspirada en las tradiciones tienen las leyendas, tal vez merezca la pena recordar aquellas palabras que escribiera el emperador Juliano: <<Lo que en los mitos se presenta como inverosímil es precisamente aquello que nos abre el camino de la verdad. Efectivamente, cuanto más paradójico y extraordinario es un enigma, tanto más parece advertirnos para no confiar en la palabra desnuda, sino a padecer en torno a la verdad oculta.>> (Emp. JULIANO, Confr.Eracl., 217/C.)

O los intentos en que actúa la llamada tendencia <<evemerística>>, cuando al intentar interpretar los motivos del Grial en función de figuras y situaciones históricas nos dice que: <<Las figuras del mito y la leyenda son únicamente sublimaciones abstractas de figuras históricas, que han acabado por ocupar el lugar de éstas y equivaliendo por sí mismas en el plano mitológico y fantástico.>> (JULIO EVOLA, <<El misterio del Grial>>.)

Por otra parte, señalaremos cómo los Bolando o Bolandistas, agrupación de escritores eclesiásticos nacida en Bélgica y que en el siglo XVII acometiera la gigantesca tarea, todavía inacabada, de pasar por el más riguroso tamiz de la investigación científica todos los caudales de historia, tradición y leyenda referentes a los Santos y al Cristianismo en general y para los que pocos aspectos o tradiciones quedaron fuera de su formidable y meticulosa labor investigadora, en ocasión del estudio de todo lo relativo a San Lorenzo, hubieron de afrontar el tema del Santo Cáliz, y éste fue su juicioso y prudente dictamen: <<Porque no obstante dichas dificultades pudo ser que el Santo levita enviase en realidad el Cáliz a España, de donde parece ser oriundo, por otra parte no se exhiben documentos ciertos que convenzan de la falsedad del hecho, por lo tanto dejamos la tradición en el estado en que se halla>>

Digamos por último, cómo es también curioso observar, con J. Marx (<<Légende arthurienne>>), que <<nunca la Iglesia hizo suya la leyenda del Grial. Parece como si en ella hubiera notado algo de anterior, de originario, de misterioso>>.

Y así seguirán siendo las leyendas del Santo Grial: un <<mysterium tremendum>> que sólo la fe nos pueda tal vez ayudar a desvelar.

LO QUE AFIRMA LA HISTORIA

Existe una referencia del canónigo de Zaragoza don Juan Agustín Carreras Ramírez, quien en su <<Vida de San Lorenzo>> T.I.P. 101, afirma la existencia de un supuesto <<Auto>> de 14 de diciembre de 1134, según el cual se decía en latín que <<En un arca de marfil está el Cáliz en que Cristo Nuestro Señor consagró su Sangre, el cual envió San Lorenzo a su Patria, Huesca>>. Este sería ciertamente el primer documento con valor histórico; pero pierde esta validez al no haber podido ser hallado.

De aquí que sea en 26 de septiembre de 1399 el momento en que se inicia de modo indiscutible la plena historia documentada del Santo Cáliz, cuando el rey Martín el Humano, el mismo motivará el Compromiso de Caspe al morir sin sucesión, al enterarse, poco después de coronado, de que en el monasterio de San Juan de la Peña se conservaba el Santo Cáliz del Señor, llevado de su gran piedad y devoción a las reliquias, entró en deseos de poseer tan preciada joya. Hecha la petición a los monjes del Monasterio, resolvieron éstos por unanimidad satisfacer el piadoso deseo del rey. Así lo hicieron, con otorgamiento de la correspondiente escritura pública que lleva la arriba indicada, recibiendo por su parte, del agradecido monarca, el espléndido regalo de otro valioso cáliz, éste de oro, que por cierto desapareció, fundido, en el incendio que el 17 de noviembre de 1494 sufrió San Juan de la Peña.

El rey Martín
el Humano.

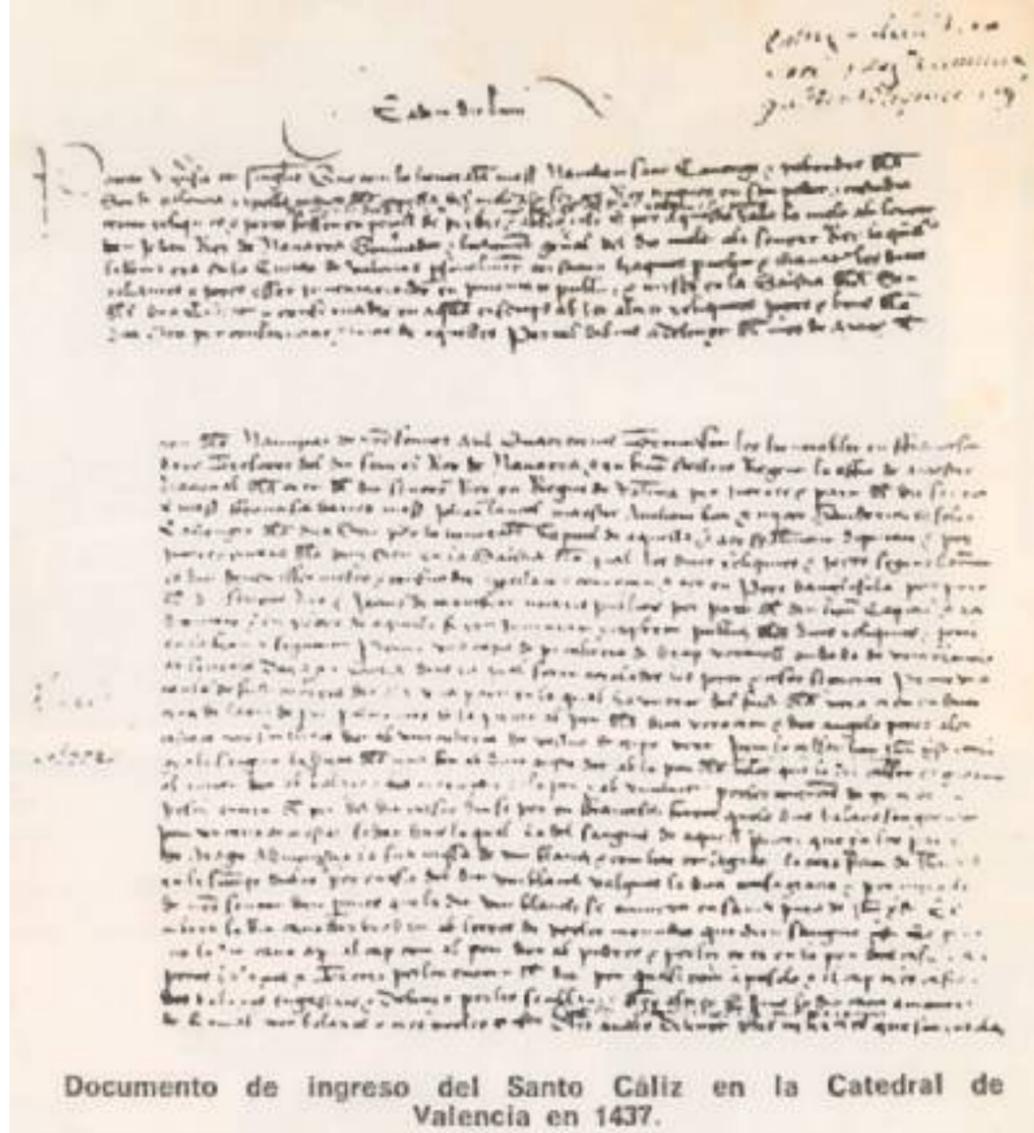


El Santo Cáliz pasó entonces a ser venerado en la Capilla del Real Palacio de la Aljaferia, en Zaragoza, como joya integrante de los tesoros y reliquias de la capilla real propiedad de los monarcas de la Corona de Aragón, hasta que veintitrés años después, al decidir el rey don Martín trasladar su residencia a Barcelona, en donde murió, llevó consigo las reliquias de que era poseedor y con ellas el Santo Cáliz, como se desprende de la lectura del Inventario de bienes que a poco de la muerte del rey se hiciera, en septiembre de 1410.

Le sucede en el Reino, como resultado de su mayor derecho reconocido en el Compromiso de Caspe, su sobrino, don Fernando de Antequera, a quien le sigue su hijo Alfonso V el Magnánimo. Muy amante éste de Valencia, realizó en ella espléndidas obras de reconstrucción, como las llevadas a cabo en la Casa de la Ciudad; erigió en el convento de Santo Domingo la primorosa Capilla de los Reyes; reformó y embelleció notablemente los salones y jardines del Palacio Real -situado entonces donde hoy se alzan las llamadas montañitas de Elío, restos de aquél, en los jardines llamados por su origen del Real (o Viveros Municipales)-, al que hizo trasladar también magníficas obras de arte; trofeos obtenidos en sus campañas victoriosas, como las cadenas del puerto de Marsella, que rompiera en audaz aventura marinera, y gran número de reliquias, entre las que figuraba en lugar destacado el Santo Cáliz de la Cena del Señor.

Más adelante, por razón de sus ausencias, y con el propósito de garantizar una mayor seguridad, depositó el cuerpo de San Luis, obispo de Tolosa, juntamente con otras reliquias y alhajas en la catedral valenciana. poco después, ante una nueva ausencia motivada por nuevas campañas, hizo hacer depósito de las restantes reliquias que le quedaban, delegando su custodia y conservación en mosén Antonio Sanz, canónigo y pavorde de la Catedral de Valencia y capellán mayor de la capilla del real palacio.

Y así llegamos al 18 de marzo de 1437, en que a la muerte del mencionado mosén Antonio Sanz, el <<muy alto Señor don Juan, rey de Navarra, Gobernador a la sazón de Valencia y lugarteniente de su hermano Alfonso>>, ordena, en nombre del Rey Magnánimo, que se hiciera donación definitiva de joyas y reliquias al Cabildo catedralicio de Valencia, lo que así se hizo, mediante la redacción del correspondiente documento público que formalizaba la entrega de la donación e inventariaba el contenido de la misma, firmado del Pedro de Anglesola, por parte del rey, y don Jaime de Monfort por parte del honorable Cabildo, ambos notarios públicos.



En dicho documento, entre la relación de las diversas joyas y reliquias donadas, se lee: <<lo calcer Hon Jesucrist, consagró lo dijous de la cena, fet ab dues anses dor ab lo peu de la color que lo dit calcer es guarnit al entorn dor ab dos balays e dos maragdes en lo peu e ad vinthuyt perles convinent de gruig de un pesol entorn del dit calcer>> (Notal de Jaime Monfort, vol. 3.532).

A partir de esta fecha continúa el Santo Cáliz ininterrumpidamente en la Catedral de Valencia hasta el mes de marzo de 1809, en que, con motivo de la invasión francesa y consiguiente iniciación de la Guerra de la Independencia, inicia un movido peregrinaje que le permite quedar a salvo de la rapacidad y los desmanes de las tropas napoleónicas.

Tuvo lugar la primera salidad el 18 de marzo de 1809; el santo Cáliz es trasladado a Alicante, desde donde regresará a Valencia a finales de enero de 1810.

En Marzo del mismo año es llevado a Ibiza, igualmente por motivos de seguridad.

En febrero de 1812 pasa de Ibiza a Palma de Mallorca.

Y en septiembre de 1813 regresa desde Plama de Mallorca a la Catedral de Valencia y se redacta el último inventario de este periplo, en el que, con el número 29, se lee: <<La caja de plata que conrtiene el Santo Cáliz de la Cena.>>

A partir de esta fecha continúa siendo venerado ininterrumpidamente, primero en la Capilla de las Reliquias (ábside de la Sala Capitular), y a partir de 1916 en el Aula Capitular Antigua (actual Capilla del Santo Cáliz).

...

Para seguir la evolución del [Aragonés de Aragón](#)

[Castillos](#) | [Monasterios](#) | [Historia](#) | [Libros](#) | [Teodoro Pérez](#) | [Sergio Sanz](#) | [Serafín Urzay](#) | [Plumillas](#)
[Pasear](#) | [Bestiario](#) | [Personajes](#) | [Heráldica](#) | [Historia](#) | [Libros](#)
[Deportes](#) | [Barrancos](#) | [Agua](#) | [Fauna](#) | [Flora](#) | [Geología](#) | [Hongos](#) | [Naturaleza](#)
[Huesca](#) | [Teruel](#) | [Zaragoza](#) | [Aragón](#) | [Comarcas](#) |
[Contactos](#) | [Actualidad](#) | [Índice Alfabético](#) | [Temático](#) | [Mapas](#) | [Otras Direcciones](#)

Copyright 1996-2008 © All Rights Reserved [Javier Mendivil Navarro, Aragón \(España\)](#).

Si quieres modificar datos o ampliar la información suministrada [escríbenos](#)

[Aviso Legal](#). Esta actividad de la [Asociación Cultural Aragón Interactivo y Multimedia](#)
Espera acercarte Aragón a tu casa.
[Agua en Aragón, salud y bienestar](#)